

Luis Miguel Morayta Mendoza (coord.), *Los pueblos nahuas de Morelos. Atlas etnográfico. Tohuaxca, togente. Lo nuestro, nuestra gente*, México, Gobierno del Estado de Morelos/INAH (Divulgación), 2011.

Juan José Atilano Flores

Hace ya más de 10 años que el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), a través de la Coordinación Nacional de Antropología, puso en marcha el Proyecto Nacional Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio. Este proyecto se planteó, como parte de sus objetivos, generar un conocimiento contemporáneo de la diversidad cultural que caracteriza a nuestro país y darlo a conocer en obras regionales a un amplio público. Los atlas etnográficos de los pueblos indígenas de México que dieron origen a la serie Divulgación, en la colección Etnografía de los Pueblos Indígenas de México, son el resultado de este esfuerzo colectivo y constituyen la cristalización de un trabajo sistemático, el cual pone a disposición de investigadores, funcionarios y estudiantes un conocimiento erudito sobre las configuraciones étnico-regionales, distribuidas a lo largo y ancho del territorio nacional.

*Los pueblos nahuas de Morelos. Atlas etnográfico. Tohuaxca, togente, Lo nuestro, nuestra gente*, coordinado por el maestro Miguel Morayta Mendoza, es el sexto volumen publicado en esta serie, y en él colabora más de una veintena de especialistas que escriben estudios básicos, recuadros etnográficos y ensayos sobre la tradición nahua en Morelos. Ante los diversos procesos históricos por los que han transitado las comunidades nahuas de Morelos, destacan la polarización social entre la burguesía agraria (hacendados) y los indígenas, la campesinización y pérdida de la lengua náhuatl, la reconfiguración étnica del estado como producto de la migración e inmigración y

la urbanización acelerada del espacio rural, así como la identidad o adscripción étnica de lo que Morayta ha denominado “tradicción nahua en Morelos”, que constituye el eje discursivo de los 13 capítulos que integran el atlas.

La obra proporciona un panorama de la complejidad que caracteriza la etnicidad en la entidad. El paisaje de la tradición nahua en Morelos es dibujado por un conjunto de descripciones y análisis sobre lo que los



autores denominan “sedimentos de los nahua”: el pasado prehispánico reelaborado por los pueblos nativos, con el objetivo de refirmar su etnicidad; la comunalidad que caracteriza la vida ritual y festiva, así como los principios de respeto y reciprocidad, condensados en las categorías de *tequiltl* (trabajo) y *chichualiztli* (fuerza), que son las vetas de una rica reflexión antropológica sobre la pregunta ¿qué es ser indígena en Morelos?

Las expresiones *tohuaxca, togente* (lo nuestro, nuestra gente) son, en sí, categorías nativas que estructuran las relaciones sociales en los pueblos; dotan de sentido el

parentesco, el matrimonio, la ayuda mutua en la parcela o el ritual. La fuerza como un elemento vital de la constitución de persona o lo humano circula en dichas relaciones y se proyecta en el ámbito macro de la comunidad. Este principio de reciprocidad define el sentido de las prácticas festivas y rituales en torno al matrimonio, el cultivo del maíz y el temporal, los muertos, la salud y la enfermedad.

Esta especificidad del ser nahua en Morelos ha coexistido en el espacio y tiempo regional; dota de singularidad cultural las prácticas rituales y construye alteridad con el “otro”: el mestizo, el hacendado, el inmigrante urbano, el jornalero agrícola. La diferencia entre lo afín o alterno requiere de la elaboración de marcas o referentes identitarios. Así, el ser nahua en Morelos implica participar de la peregrinación de Tetelcingo al santuario de Chalma, practicar las danzas de los chinelos, tetelzingas, Cuauhtémoc y la madre tetelcinga, vaqueros, cuentepecos, cañeros y aztecas, cuyos argumentos sintetizan las relaciones simétricas o asimétricas de los nahuas con los “otros”.

Ser parte de *togente* implica compartir una ritualidad cuyo sustrato es un orden particular de lo existente. Así, por ejemplo, las prácticas de los *graniceros* o pedidores de lluvia, quienes peregrinan al Divino Rostro del Popocatepetl (centro de la Tierra), con el fin de solicitarle buen temporal para la milpa, o bien la creencia en los “aires” como entidades anímicas que provocan la enfermedad, son parte de ese saber que sólo nuestra gente posee.

A la comprensión desde el “punto de vista nativo” de las categorías trabajo y fuerza, o aquellas referidas a entidades anímicas como los “aires”, se agrega la mirada del “otro” sobre lo nahua. En este sentido los autores dedican varios estudios y ensayos al imaginario de lo indio en el espacio urbano de ciudades como Cuernavaca y Tepoztlán.

El nutrido material iconográfico del atlas da cuenta de esta construcción; la indianidad morelense se expresa, por ejemplo, en las representaciones del mito del Tepozteco en los murales del centro de la ciudad de Tepoztlán, así como en los monumentos a Cuauhtémoc y la madre tetelzinga en Cuernavaca. En este imaginario domina el sustrato prehispánico y la singularidad étnica, expresada a partir de la indumentaria femenina, en particular de las mujeres de Tetelzingo, quienes constituyen el estereotipo de lo nahua en Morelos.

Finalmente, *Los pueblos nahuas de Morelos*, como bien señala Morayta, es una obra en que el lector hallará un espejo donde sus lectores se encuentren con el mundo indígena y reconozcan, por un lado, “lo que les es afín”, y por otro, “la legitimidad de ser diferente”. En este sentido, su lectura constituye una interacción entre lo que es propio a los pueblos indios de Morelos y lo que les ha sido ajeno y los ha obligado a reinventarse como pueblos nahuas.

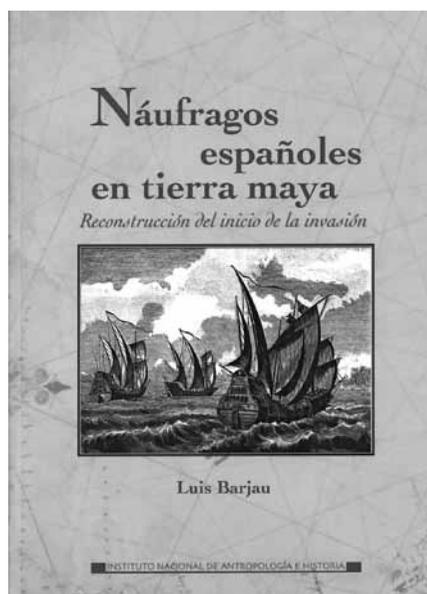
•••

Luis Barjau, *Náufragos españoles en tierra maya. Reconstrucción del inicio de la invasión*, México, INAH, 2011.

El etnólogo y poeta Luis Barjau elige un tema fundamental para reflexionar sobre la compleja naturaleza del enfrentamiento de dos mundos: el español y el indígena. A partir de la historia de los primeros españoles en pisar el territorio de lo que sería México, Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, el autor reflexiona sobre los procesos de identidad y los arquetipos que representa cada uno de ellos en el imaginario de la península yucateca. Sin embargo, la fama de Jerónimo ha sido la de un colaborador con los conquistadores, mientras que la de Gonzalo Guerrero, quien casó con la hija de un cacique maya

y formó una familia, ha sido recreada hasta nuestros días como la historia de un héroe del mestizaje.

Ambos españoles naufragaron en la península de Yucatán y aprendieron a conocer la cultura indígena, pero desde experiencias previas disímolas. Esa disparidad de formaciones conlleva una disparidad de actitudes: la de Jerónimo Aguilar como seminarista y la de Gonzalo



Guerrero como marino, que a decir de Barjau “son prototípicas: la del cristiano que resiste y persiste en su afán de dominio, bajo la bandera católica de la evangelización de los indios y la del converso que se subsume en la extrañeza de la cultura local, creando la perspectiva psicosocial del mestizaje” (p. 111).

El texto se divide en dos partes. En la primera nos presenta cinco apartados, que comienzan con “La España del siglo XVI”, donde nos muestra cuáles eran sus móviles, qué valores culturales los hermanaban, cuáles sus principales temores y expectativas. En el siguiente apartado toca el turno a “El mundo maya”, donde se expone el

complejo panteón y las formas de interpretación de los hechos. El autor se inclina a considerar que los mayas recurren a la fórmula mesoamericana de reinterpretar las profecías para hacerlas congruentes con los acontecimientos. Así, el regreso de Kukulcán pudo coincidir con la presencia de los españoles.

Los tres apartados que complementan esta primera parte se titulan “El naufragio y la suerte de los sobrevivientes”, “Los tres viajes a Mesoamérica de: Hernández, Grijalva y Cortés” y “Aguilar y Guerrero ante Cortés”. En ellos el autor narra, con el apoyo de cronistas, los principales eventos de este encuentro.

Si bien en la primera parte del libro Barjau no sólo narra, sino que nos presenta una serie de reflexiones respecto a la interpretación de los hechos, se puede decir que la segunda es más reflexiva que narrativa. Es en los tres apartados que cierran el libro donde se hace un recuento de las novelas históricas que refieren a la vida de los naufragos y la heroicidad de Gonzalo Guerrero, los poemas que aluden a su existencia y, actualmente, a su mención en el himno del estado de Quintana Roo y los murales de edificios públicos. ¿Estamos frente a un imaginario auténtico de los mayas? ¿Gonzalo Guerrero es una construcción, desde las instituciones oficiales, para fraguar una identidad en una entidad estatal joven como Quintana Roo?

Se trata de un libro escrito como fruto de una honda investigación etnohistórica que retoma las principales fuentes escritas para la reconstrucción de los hechos, sin dejar de lado las interpretaciones arqueológicas, las fuentes literarias y los ritos contemporáneos que pueden ser considerados como eco de esos primeros encuentros con los españoles. Por último, no hay que dejar de lado que está escrito en una prosa fluida, clara, elocuente y muy disfrutable.